

Novela, Realidad y Ficción

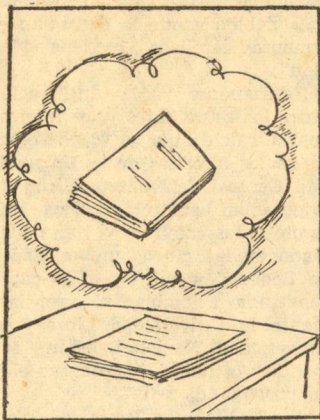
26/12/58

por Sebastián Salazar Bondy

Se viene hablando, a propósito de "La Tierra Prometida", de Luis F. Angell, de la novela y el novelar. El tema central de la discusión es el conflicto —¿efectivo o aparente?— entre la realidad, en la que el narrador se apoya, y la ficción, que, a partir de aquélla, éste desenvuelve. La realidad tiene sus derechos y la imaginación los suyos. ¿Hasta qué punto unos y otros coexisten en el relato, y por qué, en qué casos y con cuál valor, prevalece cualquiera de ambos? Me parece que en el debate se olvida algo fundamental: ni el modelo real deja de ser jamás ficticio, ni la fantasía está carente nunca de realismo. ¿En el arte, dónde está la realidad y dónde la ficción? ¿Es "El Quijote", por ejemplo, algo distinto a los motivos y concreciones que lo determinaron? ¿"Los Hermanos Karamasov" no es, desde cierto punto, realidad neta? Y al revés, en estos casos, la España del siglo XVII no es una novela de Cervantes, y la Rusia del siglo XIX no ha sido inventada por Dostoiévsky? La verdad es que el cronista no atina a precisar, frente a las grandes novelas de ayer, cada zona, la verídica y la imaginativa.

Francois Mauriac, por donde se lo mire un excelente novelista, hablando de sus personajes, ha afirmado que la novela es

fruto de unas nupcias, las de narrador y la realidad. Aquél no reproduce ésta, sino que la transpone. La lleva de un sitio a otro en una operación mágica. Puede añadirse que esta primera transposición tiene poste-



riormente su armoniosa compensación: lo que fue llevado de la realidad a la ficción, vuelve de la ficción a la realidad y a ella se incorpora. Aunque lo expresado por el artista no fuera, en principio, cierto, se torna cierto por la fuerza de la creación. Esta es la maravilla de la poesía, de la literatura. Se ha dicho, por ejemplo, que el mundo pintado por "Don Segundo Sombra", de Güiraldes, no era auténtico. Sin embargo,

¿imaginamos de otro modo el campo argentino, los gauchos pampeanos, el ámbito espiritual que se sustenta en esa latitud y entre esas gentes? Inclusive la historia —se ha dicho ya— es una fábula de los poetas, y los historiadores, a los cuales reputamos distintos a los novelistas por su respeto a la verdad, son mejores cuanto más creadores son. En caso contrario, ¿a caso no resultan meros cronistas que fatigan y aburren?

Las barriadas marginales de Lima son una humanidad formidable: su drama es profundo, múltiple, terrible e incitante. La novela que dé testimonio al mañana —testimonio artístico, que a la postre es el único que interesa— se está comenzando a escribir: Congrains, Ribeyro, Bonilla, Angell, son los autores de esos borradores previos, y ellos u otros, con la experiencia y la afinación de sus medios expresivos, darán término a la correspondiente epopeya. ¿Se han equivocado? Bueno, qué más da. En lo que aciertan es en haber contraído nupcias con una realidad evidente, transponiéndola a la literatura. Han iniciado una tradición y en eso son leales a su vocación y su tiempo. A uno le pueden gustar más o menos las páginas que dichos escritores jóvenes han producido, pero no es lícito ni justo reprocharles que a los derechos de la imaginación —la vigencia de un gran drama humano formado por mil pequeños dramas— hayan sumado los derechos de la imaginación. Si al que esto escribe se le ocurriera mañana, sin haber dado un paso por San Cosme, El Agustino, Mendocita o Leticia, concebir un cuento surrealista que transcurriera en cualesquiera de esos lugares, o una novela a la manera de Kafka, o una historia fantástica de índole abstracta, esas páginas, más allá de su valor estético, se incorporarían inmediatamente a ese bagaje literario que se está consolidando en torno a un tema vivo y patético. La escena onírica del film "Los Olvidados" de Buñuel, ¿no es la más realista de todo ese valiente alegato sobre la niñez desamparada del suburbio mexicano? ¿Y no es, por eso, la más eficaz artísticamente?

La gente, aun la ilustrada, tiende a atisbar en el relato los elementos autobiográficos del autor, y es vano el propósito. También procura cotejar los escenarios de la anécdota con los escenarios auténticos. En fin, hay un prurito de aferrarse a la realidad concreta, pues consciente o inconscientemente el lector sabe que la poesía lo arrastra hacia su propia verdad. De nada vale este gesto: la literatura crea mitos y los impone. Es su grandeza. Así la ficción reemplaza a la realidad, lo cual no es sino la eterna victoria de la creación sobre el azar.